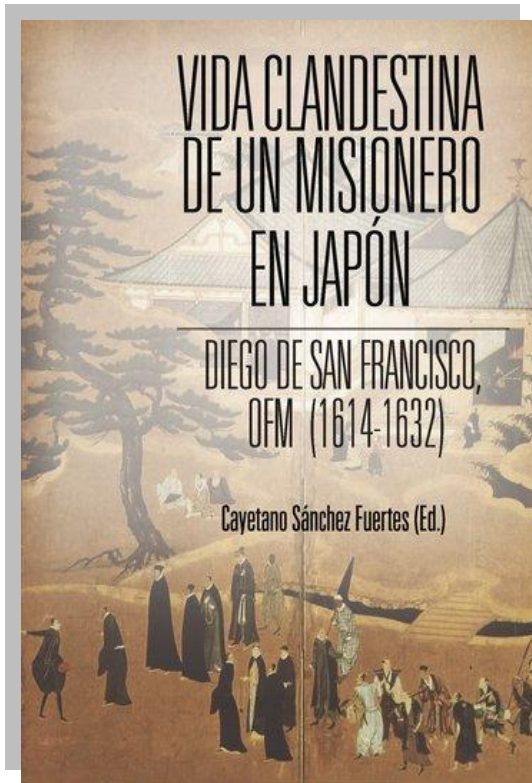


## DOS BUENOS TÍTULOS QUE HABLAN SOBRE JAPÓN: RESEÑA SOBRE UN INDICADOR EN FRANCO ASCENSO

Fernando Cid Lucas

[fernandocidlucas@gmail.com](mailto:fernandocidlucas@gmail.com)

Puedo decir bien alto que no todo lo que cae en mis manos tiene luego una réplica en forma de reseña o de comentario escrito; ni mucho menos. Sobre estas lecturas incómodas, que en ocasiones no concluyo, prefiero no decir nada, ni siquiera aquello que se le atribuye a Cicerón de que: “estos son malos tiempo, los hijos ya no obedecen a los



padres y todo el mundo escribe libros”; casi prefiero no volver a sacar el tema a los editores o al autor de referencia a tener que decirles que no me han gustado lo que ha escrito y, mucho menos, me atrevería a realizar este juicio en público. Cuestión de pareceres. Aunque, ya he podido comprobar -y bien cómo existe una nueva línea de comentaristas formados en las aulas de *Sálvame* que parecen disfrutar más con el escarnio del otro, sin piedad y sin preguntas, que con el elogio de lo bien hecho. Yo, en público y en privado, he contado muchas veces lo que me sucedió, al calor de un congreso organizado en la Universidad de Zaragoza, con quien ahora puedo considerar amigo mío y *sensei*, el profesor Federico Lanzaco Salafranca.

Después de mi intervención ante los asistentes, y sin saber yo aún quién era él, ese gigante (en altura física y en intelecto), me estaba esperando al pie de la tarima, con una pequeña tarjeta en la mano; primero me dio la enhorabuena, me felicitó por algunos de los argumentos que había tratado en mi charla para luego, con un gusto exquisito, recomendarme que, para el futuro, hiciese unos “pequeños ajustes” a lo que había dicho y corrigiese algunos errores que había cometido. Recuerdo esa lección cariñosa de mi maestro cada vez que me pongo ante un auditorio, cada vez que me pongo a escribir, cada vez que asisto a unas jornadas o cada vez que un libro llega a mi buzón, esperando haber asimilado bien esa magnanimidad infinita que yo recibí de Federico Lanzaco hace ya muchos años. Sin duda, eran otros nombres.

Volviendo a lo que aquí nos ocupa -y pido perdón por una introducción tan personal-, sí merece la mejor de las reseñas un libro que habría merecido más visibilidad en estos tiempos de celebraciones y de intercambios, de años duales y de logos japoneses y españoles: *Vida clandestina de un misionero en Japón: Diego de San Francisco, OFM (1614-1632)*<sup>1</sup>. Aunque se publicó en 2014, yo no he tenido conocimiento de él hasta hace poco, y no porque no haya tratado a su autor, quien en más de una ocasión ha sido fundamental para alguna de las cosas que yo he publicado, sino porque él mismo, prudentísimo siempre, jamás me desveló su existencia, pues tan humilde y hacendoso es el hermano franciscano Cayetano Sánchez Fuertes.

El libro (una cuidada autoedición del autor realizada en una editorial que bien podría ser ejemplo para otros sellos) cubre una etapa imprescindible de las relaciones entre la España y el Japón del siglo XVII, en concreto, los años que van desde 1614 a 1632, el mismo año en el que allí fueron martirizados los padres agustinos Martín Lumbreras Peralta y Melchor Sánchez Pérez y en el que abdicó el *shōgun* Tokugawa Hidetada. El hermano Sánchez Fuertes, director del Archivo Ibero-Oriental de Madrid y cronista oficial de su villa natal, Villadangos del Páramo, desmenuza el Japón más intenso, el Japón del trasiego cultural con Europa, el de los nombres ibéricos que hollaron aquellas tierras, el previo a esa cerrazón que mantuvo a un país alejado de casi cualquier influencia foránea. Esta crónica viene de la mano de una de las personas que más ha profundizado en la presencia ibérica en Japón, de manera casi callada, en voz baja; en especial aquella de los nombres que no son tan conocidos como San Francisco Javier o Luís Fróis. Sánchez Fuerte se ha centrado en estudiar la labor de las órdenes mendicantes en Japón, los que se ocuparon de pobres y menesterosos. Sobre los jesuitas tal vez se ha hecho un mayor énfasis bibliográfico, en cuanto a la llegada y al intento de arraigo del cristianismo se refiere, pero sobre la importancia de los franciscanos o dominicos en el País del Sol Naciente aún queda mucho por decir. Por ello, el estudio del hermano Cayetano Sánchez Fuertes es un título ideal para terminar de completar el mural que representa las relaciones entre Japón y España y Portugal. La historia de un encuentro en el que se pusieron muchas esperanzas y que concluyó con un amargo desencuentro; la historia de muchos buenos hombres que perdieron la vida como mártires, esas columnas de la fe ciega sobre las que se sustenta una buena parte la idiosincrasia cristiana.

Resumiendo, el libro será muy útil para el investigador que se encuentre navegando ya entre la Península Ibérica y Japón -y me consta que son muchos-; el estilo es asequible, riguroso, pero capaz de llegar a cualquier lector interesado en este tema, no olvidemos que gran parte de la documentación citada en el libro está tomada de primera mano por el autor, lo que

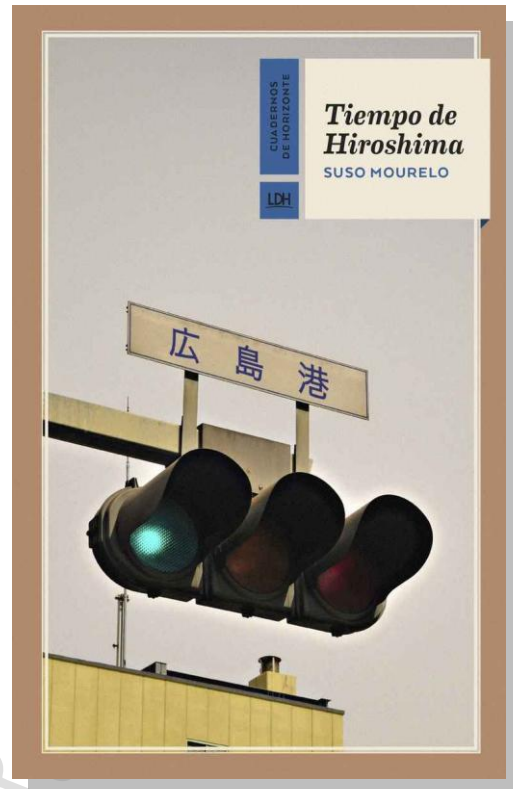
---

<sup>1</sup> Punto Rojo Libros, Sevilla, 2014, 458 pp., <https://www.puntorojolibros.com/Vida-clandestina-de-un-misionero-en-Japon.htm>

siempre es de agradecer. Yo les animo a comprarlo y a disfrutarlo, casi como consejo *mindfulnessista*, porque invertir en libros es siempre invertir en nosotros mismos.

Un autor que ya ha demostrado sentirse cómodo hablando sobre temas japoneses es el periodista y viajero Suso Mourelo, que nos obsequia ahora con su *Tiempo de Hiroshima*<sup>2</sup>, una honda realidad poética, en absoluto sensiblera y sí muy bien documentada, con el eco en la memoria de su autor de aquellos inapelables *Cuadernos de Hiroshima*<sup>3</sup>, del Premio Nobel de Literatura japonés Kenzaburo Ōe.

Mourelo viaja a la Hiroshima de las bombas nucleares, a la del daño, a la de la cicatriz... pero lo que nos cuenta no suena a repetición. Cuando describe cómo son sus calles y lo que encuentra en ellas son las calles y los hallazgos de ayer y también de hoy; cuando Mourelo habla de la idiosincrasia de Japón lo hace pensando en la del pasado y en la del presente, un esos desastres de los que hay que aprender que fueron las “bombas increíbles” y lo ocurrido en la central de Fukushima, sostribados en el concepto de la “cultura del perdón”, que debería ser obligatorio en cualquier plan de estudio. Más allá del valioso contenido, no me cansaré nunca de elogiar el tamaño y el diseño de estos libros que quedan bien en cualquier parte, en la mochila de un *millennial* usuario del Interrail o en la mesita de noche del lector más veterano. Mourelo se ha hecho fuerte en un tipo de crónica que tiene mucho del mejor ensayo, pero también de prosa poética, incluso de biografía. Por eso, transitar por esa ciudad que sufrió tanto, contado este sufrimiento por alguien como Mourelo, tiene ese plus de credibilidad incuestionable; al lector perfeccionista le satisfará tanto como encontrar una edición crítica, con su presentación, prólogo, notas y un buen número de apéndices que llegan hasta una letra bien corrida en el alfabeto. Aun sin este orden académico, percibimos que en los libros de Mourelo no falta nada. Sólo nos queda leer, así que, tomen el camino más corto hacia *Tiempo de Hiroshima* y lean y conozcan el Japón más auténtico.



<sup>2</sup> Madrid, La línea del horizonte, 2018, 144 pp., <http://lalineadelhorizonte.com/coleccion-cuadernos-de-horizonte/197-tiempo-de-hiroshima-9788415958857.html>

<sup>3</sup> Barcelona, Anagrama, 2011, 224 pp.